GALERIA DRAMÁTICA SALESIANA

Príncipe a la fuerza

[371:4]

GALERIA DRAMATICA SALESIANA

HOMBRES NUM. 19

Príncipe a la fuerza

SAINETE EN UN ACTO

POR

S. VALLADARES

QUINTA EDICION

TELEFONO 1317

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA

PAMPLONA

Con las debidas licencias

ES PROPIEDAD

PERSONAJES:

EL PRINCIPE.

SR. MELISCA (El Mayordomo.)

D. ISIDORO.

PEDRITO.

JULIAN, criado.

DOCTOR TENACILLAS.

EPOCA ACTUAL

LUGAR: En España.

TRAJES: Del día, acomodados al carácter de cada papel.

Cosas necesarias para la representación:

EN LA ESCENA.—Muebles de lujo, un sillón, sofá, mesa, recado de escribir, papeles, un traje sobre un sillón.

A JULIÁN.—Un palo, en la escena V. Una bandeja con chocolate y bizcochos, en la escena VII. Una carta en la escena X. Un pliego y cartas en la escena XIII.

A MELISCA.—Cuatro paquetes de dinero, en la escena VIII.

AL DOCTOR.—Una cajita, con instrumentos, en la escena última.

ACTO UNICO

Antecámara del PRINCIPE, muebles de lujo, un sillón y sofá, una mesa con recado de escribir y papeles; sobre un sillón un traje lujoso.

ESCENA PRIMERA

CRIADO solo

¡Uf! ¡Cuánto polvo hace este peón para arreglar este cuarto! El señor ha dejado aquí su uniforme y se va a poner perdido con tanto polvo. Será mejor taparlo. *(Entra y sale con un trapo blanco y lo extiende sobre la ropa.)* Espero que no durará mucho este trabajo; de lo contrario, tendría que tapar todos los muebles. *(Pasa el plumero por los muebles.)* Es necesario, además, estar alerta, me fío poco de él. *(Señalándole.)* Hay aquí tantas prendas, y no quisiera que, extraviando alguna, me pusiera en apuros. No le perderé de vista.

ESCENA II

PEDRITO

Pedrito. (Abre con cuidado la puerta, y asoma la cabeza; luego sale y quédase parado, mirando a todos lados.)—¡Cielos! ¡Qué habitación, parece la gloria! Nunca había visto cosa semejante. Seguramente, que el dueño es un alto personaje. ¡Qué muebles!, no se parecen en nada a los de mi casa. *(Se para frente al sofá u otomana.)* ¿Qué será esto? ¿Una cama? Pequeña es; me dan ganas de echarme un ratito en ella. Si no temiera ensuciarme la ropa, digo, ensuciarla con mi ropa. (*Va para echarse y se vuelve; por fin se echa y se levanta espantado.*) ¡Socorro, que me hundo! Temí no poderme levantar más; probemos otra vez. *(Se echa otra vez.)* ¡Ah!... ¡qué bien se está en estas camas! ¡Pero qué rebonito es todo esto! Uno no se cansa de mirarlo. *(Se para frente al espejo y se asusta.)* ¡Ay! un hombre, por allí me vió y... Ja, ja, ja, ja. ¡Qué torpe soy, si es un espejo un poquito mayor que el que yo tengo para peinarme, cuando lo hago! Ya llevo dos

sustos. *(Mira sobre el velador.)* ¡Hola! ¿Qué es esto? ¡Pedacitos de pan! ¿Serán para comer? Probemos. (*Come un poquito.*) ¡Qué bueno es esto! (*Se lo come todo de un bocado.)* ¡Y qué dulce! ¡Qué bien comen estos señores! Si yo hubiera nacido marqués o cosa semejante también comería estos panecillos tan menudos. Entonces no sería así. *(Se mira al espejo.)* Pero qué sucio que voy: la cara, las manos, la ropa. Así no podría ser marqués; es menester limpiarme un poco. *(Ve el trapo)* Mira, aquí está esta toalla que dice: toma y límpiate. *(Lo hace.)* ¡Ah, ja, ja! Ya parezco otro. *(Deja el trapo y ve el traje.)* ¡Cielos! ¡cuánto oro! Qué traje más rico; con este traje cualquiera hace buena figura, hasta yo. ¡Me dan unas ganas de probármelo! (*Indeciso.*) ¿Y si me sorprenden? Ea, nadie me verá. (*Mira por todos lados.*) No hay nadie, voy a probármelo. *(Lo toma y se lo lleva al cuarto por donde ha salido.)*

ESCENA III

El PRINCIPE con bata, pantatuflas y casquete

Príncipe.—Aquel maldito anónimo no me ha

dejado dormir. Estoy nervioso. Si fuera verdad lo que en él me dicen... Mi mayordomo está en tratos con el conde del Pinar, mi mayor enemigo. Avenirse los tres para robarme a mansalva. Bien claro lo dice. «Su mayordomo está en avenencia con el conde del Pinar y su intendente para estafarle. Si quiere enterarse por sí mismo, véngase disfrazado a las señas que indico, mañana por la mañana, y sorprenderá a uno de sus infieles servidores con sus enemigos, pudiendo, si quiere escuchar su conversación.»

¿Es posible que, en cambio de mis beneficios, me robe de esta manera? Espero que no será cierto. ¡Quién se fía de un anónimo! Sin embargo, puedo comprobarlo, sorprenderlos y escucharlos. ¿Cómo me proporcionaré un disfraz para no ser conocido?

ESCENA IV

Dicho y PEDRITO.

Entra vestido con el traje del Príncipe, con un fardo de su ropa bajo el brazo; al ver al PRINCIPE queda petrificado.

Pedrito.—¡Qué veo! ¿Será el dueño de esta casa? Si me ve, me mata.

Príncipe. (*Con furia.*)—¡Malditos!

Pedrito. (*Se espanta y da un salto.*)—¡Ave María Purísima! (*Le cae el fardo y huye al cuarto.*)

Príncipe.—Todos mis cálculos fallan; no veo otro remedio que el que yo mismo me vaya disfrazado; pero ¿cómo? (*Se pasea agitado.*) Sí, hay que salir de dudas. Bien disfrazado no me conocerán, y... (*Topa con el fardo.*) ¿Qué es esto? Calla; el vestido del peón. Magnífico. Me aprovecharé de él. ¿Qué mejor disfraz que éste? ¿Quién conocerá con este vestido al príncipe de Oscar. (*Se quita la bata y se pone el vestido de peón.*)

Pedrito.—¡Caracoles! se pone mi vestido y ahora...

Príncipe.—Tiembla, oh pérfido, si descubro tu infamia.

Pedrito.—Tiemblo de veras.

Príncipe.—Si llego a descubrir que sea verdad mi sospecha, aun a trueque de consumir medio patrimonio, juro sepultarte en la infamia y en la miseria.

Pedrito. (*Lloriqueando.*)—¡Pobrecito de mí ¡Aún más pobre!

Príncipe. (*Vestido ya.*)—A ja ja, procuraré salir sin que me vean.

ESCENA V

CRIADO y dichos

Criado. (Saliendo.)—¿Qué veo? ¡El peón aquí!.. ¡Eh! ¿Adónde vas?

Príncipe. (Aparte.)—¡Mi criado!.. no quiero descubrirme.

Criado.—A ti te digo, bribón, ¿no oyes? ¿Adónde vas?

Príncipe.—Es mejor salir. (*Hace por irse.*)

Criado. (*Señalando la puerta.*)—Por aquí, por el mismo camino por donde has venido.

Pedrito.—¡Pobre de mí! Ahora lo hace pasar por este cuarto y me sorprenden.

Criado.—Contigo hablo, canalla. ¡Ah! Ya comprendo. ¿Quieres que te mida las costillas?

Pedrito.—No estaría mal que le vapuleasen en lugar mío.

Príncipe. (*Confuso.*)—Si me quedo me descubre; es mejor marchar. *(Va para salir.)*

Criado. (*Le da un empujón.*)—¡Qué! ¿No entiendes el castellano? Métete por esa puerta, y no en el aposento.

Príncipe. (*Aparte.*)—Si no fuera porque no quie-

ro descubrirme, ya le enseñaría el modo de proceder a este bárbaro.

Criado.—¡Oh! ¿No quiere salir? Ahora voy yo... espérame un poco. (*Vase.*)

Pedrito.—¡Ahora sí que se las larga su alteza!

Príncipe.—Aprovechemos este momento (*Vase.*)

Pedrito.—Esta sí que es buena. Ahora, en lugar del Príncipe me encontrarán a mí, y cobro yo por él. (*Se esconde.*)

Criado. (*Con un palo.*)—Ha huído. (*Mirando a la puerta falsa.*) ¡Ah, bribón, suerte que has escapado a tiempo! Quería hacerte probar el sabor de este palo en las costillas. Si no hubiera estado alerta, aquel majadero me la pega; pero yo que desconfío, preveo las cosas a tiempo. Mientras su alteza se levanta, voy a preparar el chocolate. (*Vase.*)

ESCENA VI

PEDRITO solo

Pedrito. (Sale temeroso.)—¡Esta sí que es gorda, gorda, gordísima de veras! Su alteza se ha llevado mi vestido y yo tengo el suyo. Y así de ningún modo puedo salir de aquí. Si vuelve aquel endiablado camarero me muele

a palos; me toma por un ladrón y me llevan sin remedio a descansar a la sombra. ¡Oh, sí! Es mejor volverme a mi trabajo. *(Se acerca.)* Pero ¿cómo? ¿Con esta ropa? ¡Qué canastos! Me desnudaré. ¡Pero desnudarse! Y después ¿cómo me quedo? En paños menores no puedo desempeñar el oficio del maestro Andrés. Al diablo con todos. ¿Quién me ha tentado para que me vistiera con estos paños? *(Los mira.)* ¡Y son muy hermosos! A mi parecer hago una donosísima figura. Ya lo creo. *(Mirándose en el espejo.)* Una figura digna de esculpirse. Desafío a cualquiera a conocerme. *(Se mira paséase con garbo y pavoneándose.)* Yo mismo no me conozco, parezco un verdadero señor, un príncipe; y hasta el porte... *(Se mueve con mucha etiqueta.)* Y si no fuera por cierta cosa llamada miedo, que me hace temblar por dentro, creería ser un verdadero señor. Quiero hacer una prueba sobre esta hundible sillaza. *(Se sienta y hace gestos de maravilla y de gusto.)* ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué gusto! ¡Qué bien se está! ¡Qué bueno es hacer el oficio de los señores! ¡Con cuánto gusto lo haría! ¡Cuán feliz sería si...

ESCENA VII

CRIADO y dicho

Criado.—¿Qué veo? Su alteza se ha levantado y se ha vestido. *(Se queda un poco atrás.)* Alteza.

Pedrito.—Ya está de vuelta: ahora sí que me apalea. ¿Qué haré para no descubrirme? (*Se cubre con el pañuelo la parte por que puede ser conocido.*)

Criado.—¿Quiere su Alteza que le peine?

Pedrito. (*Le hace señal de que no, y le indica la puerta, diciendo:*) Bru... bru... bru...

Criado. (*Aparte.*)—¿Se habrá puesto enfermo?.. No responde más que por señas. (*Se quiere acercar.*)

Pedrito. (*Repite con mayor fuerza.*)—Bru... Bru...

Criado. (*Le hace una reverencia.*)—Voy a buscar el chocolate.

Pedrito.—¡Este sí que es un buen modo de hablar! bru... bru... bru... de este modo, a buen seguro que no me descubren. ¿Será este quizá el lenguaje de los grandes señore?.. Pero ¿cómo concluirá esta comedia? Yo

lo sé muy bien, y casi lo siento: *(Se palpa las costillas.)* a solemnísimos garrotazos. Si viniese al menos su Alteza, y me restituyera el vestido... Por todos los clavos de una puerta vieja. ¡Vaya una Alteza! toma las ropas de otros, sin el debido permiso, como si tal cosa. Es una ocasión bastante... y entretanto él hace una figura... una figura... que ya, ya.

Criado.—(*Vuelve con el chocolate y bizcochos: los coloca sobre el velador.)*

Pedrito.—Otra vez. *(Vuelve a cubrirse otra vez.)* Este es un fastidioso de primera clase.

Criado.—¡Alteza! ¡el chocolate! ¿Desea que le sirva?

Pedrito.—¿Qué será? Es mejor probarlo. *(Hace señal que lo acerque.)*

Criado. (*Se lo acerca todo, y la mesa.)*—Parece que el Príncipe está mudo esta mañana.

Pedrito. (Le indica la puerta diciendo.)—Bru... bru... bru...

Criado.—¿Que le pasará al señor? *(Vase.)*

Pedrito.—Estoy solo *(acecha)*, solito; probemos esta bebida. ¡Huy! tinta negra: yo no quiero beber tinta. *(Huele.)* Pero despide buen olor, un olor tan agradable, que en mi

vida he olido cosa semejante. ¡Ea! esto no será tinta... será alguna bebida exquisita. ¡Qué buenas cosas comen los señores, es decir, beben! ¡Bien! ¡Bien! Vamos a probarlo. *(Se desabrocha y bebe.)* ¡Ay, que se me queman las tripas! (*Coge la botella del agua, y dejándola, dice:*) No, agua bebo siempre; la conozco demasiado. *(Toma un bizcocho.)* Son palillos, cañas de India; pero creo que serán para comer. Probemos. (*La moja en el chocolate.*) ¡Qué buenos! (*Se lame los dedos.)* ¡Bonísimos! (*Come con afán.*) ¡Requetebonísimos! *(Acabado el chocolate limpia el plato con la lengua.)* ¡Qué sabroso es este caldo negro! Me siento mejor. *(Se arrellena en la silla.)* Ya no abandono más el oficio de señor; es muy cómodo.

ESCENA VIII

CRIADO, después MELISCA y dicho.

Criado. (Asomando por el fondo).—¡Alteza!

Pedrito. (Vuelve a cubrirse.) (Aparte.)—Helo aquí otra vez; cuanto más le hecho de aquí, más se empeña en volver; ¿si mandarán más en estas casas los criados que los señores?

Criado.—El señor mayordomo pide audiencia.

Pedrito. (Le hace seña de que recoja el servicio.) (Aparte.)—¡Maldición! ¡Una visita! Ahora sí que me descubren sin remedio.

Criado. (Quitándolo todo.)—Su Alteza debe tener dolor de muelas.

Melisca. (*Deteniéndose.)*—Alteza, tengo el honor de darle los buenos días al mismo tiempo que vengo para recibir sus órdenes.

Pedrito. (*Hace señal de darle gracias). (Aparte.)*—Mejor sería que no hubiera vendido a honrarse.

Melisca. (*Al criado.)*—¿Está enfermo el Príncipe?

Criado.—Creo que sí.

Melisca.—¿Y qué le aqueja?

Criado.—Por lo visto un dolor de muelas.

Melisca.—¡Cáspita! Vete en seguida a llamar al dentista.

Criado.—¡Pero si no ha dicho nada!

Melisca.—No importa, vete y llámalo en seguida.

Criado.—Obedezco al instante. (*Vase.)*

Melisca. (Al Príncipe.)—Si me permite siquiera mostrar a V. A. las dos mil pesetas que mandó cambiar en oro para el conde de Lebré.

Pedrito.—¡Dinero! ¿También dinero? Es una

gran cosa hacer de señorito... ¡también dinero!... *(Le hace una señal que se adelante.)*

Melisca. (Acercándose.)—Si quiere su Alteza honrarme indicándome cómo debo efectuar ese pago, ejecutaré puntualmente sus órdenes.

Pedrito.—¡Qué ceremonioso! *(Le manda que se los entregue.)*

Melisca.—Aquí están en cuatro cucuruchos.

Pedrito. (Se los pone cerca de sí.)—¡Oh cuanto dinero! Produce más un día de señor, que diez años de peón de albañil.

Melisca.—Podría equivocarme, pero su Alteza parece un poco incomodado.

Pedrito. (Le hace señal de que se vaya.)—Ese quisiera que yo hablase, pero antes reviento.

Melisca.—Ordenaré al doctor que venga a visitarle.

Pedrito. (Le hace señal de que se vaya.)—Sólo faltaba eso.

Melisca. (Saliendo.)—Voyme, ya que me lo manda... quizá sospeche algo... pero no dice nada... temo se descubra todo... *(Vase.)*

Pedrito.—¡Finalmente! Muy bueno es hacer el señor, pero también mucho fastidio tener que hablar sin ganas con la gente. ¡Bravo! Ahora soy rico, riquísimo, millonario; tengo di-

nero, oro y puedo... y puedo ir a la cárcel por toda mi vida ¡Caracoles!, si me sorprenden así vestido y con tanto dinero, me toman por algún famoso ladrón... fuera todo, ahora los pongo aquí sobre la mesa y tomo las de Villadiego por el mismo sitio que entré. Pero, ¿cómo hacer? Salir de palacio con estos vestidos no puede ser; y los míos se los han llevado...

ESCENA IX

CRIADO, después D. ISIDORO y dicho.

Criado.—¡Alteza!

Pedrito. (Aparte.)—¡Si os llevara el diablo a todos!

Criado.—Está esperando en la antesala el Administrador del Conde Lebré, que desea hablarle un instante.

Pedrito.—¡Maldito principado! A ver si voy a tener que dar audiencia a toda la ciudad. Basta; con dos gestos le despacho al momento. *(Se sienta.)*

Criado.—Tenga la bondad de pasar. Hoy tiene dolor de muelas que le inpide hablar; pero no tema, acérquese. (*Vase.)*

Isidoro.—¡Gracias! (*Pedrito le manda acercase.*) ¡Oh mi augusto señor! Vuestra Alteza me honra demasiado!

Pedrito.—Si es así, dejaos honrar. ¿Vos sois?..

Isidoro.—Don Isidoro, el Administrador del Conde de Lebré... pero permita, Alteza, que le bese la mano.

Pedrito. (*Aparte.*)—¡La mano a mí! ¡Capricornio! está llena de hollín. (*Después de mil gestos le presenta la mano.*)

Isidoro. (*Aparte.*)—Para ser un Príncipe, tiene la mano más que sucia. Señor, ¿se digna escucharme?

Pedrito. (*Con voz sofocada aparte.*)—¡Cuánto me fastidia! Hablad, hablad.

Isidoro.—Debe saber vuestra Alteza, que lastimaría mi conciencia si dejara que le engañasen por más tiempo algunas personas de su confianza, y que vuestra Alteza favorece mucho más de lo que merecen.

Pedrito.—¡Oh! ¡oh!

Isidoro.—Sí, señor mío; vos teneis a vuestro servicio un hombre que os roba a mansalva.

Pedrito.—¡Eh! ¡eh! (*Aparte.*) Esto es lo que pasa, y especialmente en casa de los señores.

Isidoro.—¡Por Dios, Alteza, guardad el mayor

secreto! Me atrevo a manifestarle un arcano, con la certeza de que tal revelación será siempre ignorada por él y que jamás ha de conocer el señor Mayordomo, de quien usted la supo.

Pedrito.—¡Ah! ¡Ah!

Isidoro.—Sepa vuestra Alteza que le tienen engañado y que el engañador, o, mejor dicho, el ladrón; es el mismo señor Mayordomo de vuestra casa. Mantiene secreta correspondencia, y a menudo...

Pedrito.—(*Hace la señal de que no le importa nada.*)

Isidoro.—Regala a sus amigos con frecuentes banquetes pagados con el dinero robado a vuestra Alteza.

Pedrito.—¡A mí qué! (*Más indiferente.*)

Isidoro.—¿No os dignáis responder siquiera una palabra?

Pedrito. (*Murmurando.*)—¡Eh! ¡Hum!

Isidoro.—¿Cómo? ¿No me cree? Yo no soy capaz de engañarle. Tengo pruebas y puedo...

Pedrito.—(*Cada vez más indiferente.*)

Isidoro. (*Picado.*)—Pero si es verdad lo que le digo. ¡Oh! En esto va mi reputación y no quiero ni sufro que me llamen embustero. Yo sé

dónde tiene escondidas todas las cartas el señor Mayordomo; ahora voy a buscarlas y se las mando inmediatamente dentro de un pliego; así tocará con las manos la verdad...

Pedrito.—Sí, sí, (*Aparte.*) Marcha, marcha, y que te lleve el diablo.

Isidoro.—En verdad que éste no parece el príncipe de antes (*Vase.*)

Pedrito.—Ya lo creo, Gruñe, gruñe. ¡Sí, sí! ¡Ah, ah! ¡Eh, eh! ¡Em, em! ¡Oh, oh! ¡Qué bonitas respuestas le he dado! ¿Eh? Antes que venga, salgamos de este embrollo. (*Se encamina a la puerta.*)

ESCENA X

CRIADO y dicho.

Criado. (*Con una carta.*)—Alteza, una carta del infeliz Rubén, vuestro antiguo Administratrador, que ruega os dignéis leerla.

Pedrito.—¡Bravo! ¡Si no sé leer! Si yo fuese Príncipe de veras, no querría tanta música. (*Hace señas en confuso.*)

Criado.—¿Quiere que se la lea?

Pedrito. (*Sí con la cabeza.*)—No perderemos nada en oirla.

Criado. (*Lee.*)—«Por la otra súplica ya presentada, habrá comprendido toda la descicha de su Antiguo Administrador por la temprana muerte de su consorte, y además por la cárcel que me amenaza, si dentro de veinticuatro horas no satisfago una letra de cambio aceptada sólo por hacer bien. Por lo tanto, el humilde exponente suplica de nuevo a la inmensa caridad y bondad de vuestra Alteza, a fin de que se digne socorrer de alguna manera a esta infeliz familia, compuesta de cinco hijos, que se encuentra en víspera de llegar al último extremo.»

Criado.—Es digno de lástima.

Pedrito.—(¿Qué diablo le voy a dar si no tengo un céntimo? Lo que podré hacer es llevarlos conmigo.)

Criado.—¿Qué respuesta debo dar a este infeliz?

Pedrito.—Ahora que me acuerdo... aquel dinero... es mejor que se lo déis. (*Se lo dá.*)

Criado.—¡Oh corazón magnánimo y generoso!

Pedrito.—Y generoso. (*Gesto de tragar*).

Criado.—Estos rogarán ciertamente por la salud de su Alteza. (*Vase.*)

Pedrito.—¡Ojalá fuera muy larga! He aquí arreglado este negocio; yo creo que el Príncipe

haría lo mismo. En fin, ¿qué debía darle, cuando no poseo ni siquiera mi ropa, y me encontraría en camisa si no fueran estos vestidos señoriles que me cubren? (*Se levanta.*) ¡Cuánto siento no ser el verdadero Príncipe para poder socorrelos más abundantemente! También me voy dando cuenta que no es tan tranquila esta vida de señor; a penas si le dejan a uno en paz... Oigo ruido... ¿quién viene?... acaso... (*Observando.*) ¿Dónde me escondo? ¿Debajo de esta mesa? Sí; aquí no me verán.

ESCENA XI

EL PRINCIPE y PEDRITO, que asoma la cabeza de cuando en cuando.

Príncipe.—Por ahora me basta. Haré otro descubrimiento y después me resolveré. (*Se viste el traje de casa.*) La bilis me sofoca. Nunca hubiera imaginado tan negra ingratitud en quien yo favorecía con mi confianza. He visto tanto, que basta para aclarar toda duda... Pero, ¿cómo es que no hay nadie por aquí? (*Toca un timbre.*)

ESCENA XII

CRIADO y dicho

Criado.—¡Mande! (¡Ah!, se ha puesto en traje de casa. No comprendo lo que le habrá pasado al Príncipe esta mañana.)

Príncipe.—¿Hay alguien en la antesala?

Criado.—No, Alteza.

Príncipe.—¡Tráeme el chocolate!

Criado.—Ya está bien digerido.

Príncipe.—¿Qué te sorprende? El chocolate he dicho.

Criado.—Si quiere que le traiga otro, voy al momento a hacerlo.

Príncipe.—¿Otro? ¿Y cuándo lo he tomado?

Pedrito.—(Tiene razón, yo lo he tomado, en su lugar.)

Criado.—Quizá no se acuerde. Voy a servirle.

Príncipe.—¿Estás loco? ¿Qué dices?

Criado.—Estoy seguro de que lo ha tomado, y con mucho apetito, habiendo yo retirado la jícara muy limpia.

Pedrito.—(Ya lo creo; yo la he lamido y relamido.)

Criado.—También el señor Mayordomo estaba, cuando...

Príncipe.—¿Has perdido el seso? ¿Quieres hacerme creer y persuadir de que yo he tomado el chocolate?

Pedrito.—(¡Qué diágolo más divertido!)

Criado.—Alteza, es la mismísima verdad.

Pedrito.—(Yo soy testigo.)

Príncipe.—No mientas.

ESCENA XIII

MELISCA y dichos.

Melisca.—¡Alteza!

Príucipe.—A propósito, Mayordomo. Ahora mismo me querían persuadir de que yo he tomado el chocolate y que vos mismo estabais presente.

Melisca.—Llegaba yo cuando el criado retiraba la jícara vacía... Ahora si vuestra merced ha tomado el chocolate, no lo sé.

Pedrito.—(Claro que la jícara estaba vacía.)

Príncipe.—Parece que os habéis puesto de acuerdo para agotarme la paciencia. Pero ¡voto a tal!, no saldréis con vuestro intento; y yo sabré tomar medidas oportunas.

Melisca.—No crea que le engañan.

Príncipe.—Creo, y no creo, porque lo estoy viendo... basta así.

Melisca.—(Temo ser descubierto.)

Criado.—(No lo entiendo.)

Pedrito.—(Acabarán por volverse locos.)

Príncipe.—Dejémonos de eso, Mayornomo, ¿me habéis cambiado aquel dinero en oro?

Pedrito.—(Yo sí que he cambiado.)

Melisca. (*Sorprendido.*)—¡El dinero!

Pedrito.—(Otra sorpresa.)

Melisca.—¿No lo ha recibido hace poco, vuestra Alteza?

Pedrito.—(No yerra poco el señor Mayordomo, porque su Alteza no ha recibido nada.)

Príncipe.—¿Yo he recibido el dinero? Y ¿de qué manos?

Melisca.—De las mías, que he tenido el honor de entregárselo en la misma mesa en que tomó el chocolate.

Pedrito.—(¡Y vuelta con el chocolate!)

Príncipe.—¿Yo he recibido el dinero? ¿De vos? ¿Yo?

Pedrito.—(El Príncipe tiene razón, no ha recido nada.)

Príncipe. (*Inquieto.*)—¿Y también me quieren hacer creer esto? ¿Pero soy yo acaso un imbécil, un tonto, un mentecato?

Pedrito.—(Yo sí parezco un gato, aquí debajo de la mesa.)

Melisca.—¡Oh, pobre de mí! ¿No se acuerda? Acaso será porque le dolían las muelas...

Príncipe.—¿Las muelas? Muy fuerte debía de ser el dolor, pero yo no he recibido dinero alguno.

Pedrito.—(Y esa es la verdad.)

Criado.—Si vuestra Alteza se acuerda, ese dinero me lo ha entregado a mí para socorrer al infeliz Rubén, a quien se lo he llevado inmediatamente. He aquí una carta suya en que de seguro le dará las gracias y que me había olvidado presentarle.

Príncipe.—¿Yo he hecho todo esto? (*Toma la carta.*)

Pedrito.—(Vuestra Alteza no, yo sí.)

Príncipe.—Pero para hacer esto sería menester haber estado en casa.

Criado.—Ciertamente que estaba, pero enfermo.

Príncipe.—¿Por quién me tomáis? ¿Yo enfermo? ¿He dado yo el dinero?

Pedrito.—(Si no fuera por el miedo, soltaba la la carcajada.)

Melisca.—(El Príncipe está loco.)

Príncipe. (*Lee la carta.*)—«Alteza, no tengo pa»labras bastantes para dar gracias al mag»nánimo corazón de V. A., por las dos mil »pesetas con que me ha favorecido, que han »sido la salvación de mi familia. No teniendo »otro medio para demostrar nuestro agrade»cimiento, no dejaremos nunca de rogar al »cielo por nuestro ilustre bienhechor».

Pedrito.—(Que soy yo.)

Príncipe.—Si no lo viera con mis propios ojos, creería haber perdido el juicio. Pero ¿quién ha hecho todo esto? ¿Quién?... ¿Yo?...

Pedrito.—(E mismísimo Pedrito.)

Melisca.—Esté seguro vuestra Alteza.

Príncipe.—Me aseguro cada día más, que estoy en medio de bribones. Mas lo juro por mi honra, que no saldrán con su intento, y vosotros mismos probaréis el rigor de las leyes, por el ultraje que habéis osado inferir a mi

persona. He abierto los ojos... ahora veo mucho y muy claro.

Criado.—(¡Pobres de nosotros!)

Melisca.—(Está loco, en verdad.)

Pedrito.—(La cosa va mal; me descubren de fijo.) (*Entra un criado con un pliego.*)

Príncipe.—¿Qué es eso?

Melisca.—Un pliego dirigido a vuestra Alteza. (*Se lo entrega y sale el criado.*)

Príncipe (*Lee*)—Don Isidoro ¿qué me querrá? »Alteza, apenas llegado a casa, expedí los »documentos de que hemos hablado, y todo »esto para mi justificación, y norma de vues»tra Alteza». ¿Cómo? ¿Yo he hablado con D. Isidoro?

Pedrito. (*Aparte.*)--Otra equivocación: he hablado yo.

Criado.—¿No se acuerda que le concedió audiencia hace poco?

Príncipe. (*Furioso.*)—¿Yo? ¡oh! esto es demasiado. (*Lee y ojea las otras cartas.*) ¿Qué cartas son éstas? ¿Qué veo? ¿Pruebas de ello? Ahora estoy plenamente convencido. Mayordono, revisad estas cartas y ved a quién van dirigidas.

Melisca.—(¡Santo cielo! estoy descubierto.)

Príncipe.—Decidme ahora si no tengo razón en creer que vosotros todos os habéis conjurado contra mí, de acuerdo con el Conde del Pinar ¿No os bastan estas pruebas de vuestra infamia? ¿No estáis convencidos de vuestra culpa? Pérfidos, voy a hacer que os echen en un calabozo.

Pedrito.—¡Ay! ¡ay! yo estoy metido en el lío, de seguro.)

Criado.—Alteza, yo no sé nada,

Príncipe.—Ya sé que tú me eres fiel.

Melisca.—Yo señor...

Príncipe.—Sí, tú mismo. ¿Te atreverás todavía a fingir? Tú serás el primero en ir a la cárcel.

Nedrito. (Aparte).—¡Qué bien le salen a ese las disculpas!

Melisca. (Aparte.)—¡Estoy perdido para siempre!

ESCENA ULTIMA

DOCTOR TENACILLAS y dichos.

Doctor. (Con una cajita bajo el brazo.)—A las órdenes de vuestra Alteza.

Príncipe.—¿Quién sois?

Doctor.—Yo soy el célebre doctor de Tenacillas, conocido en todo este mundo y en el

otro; el famoso cirujano, veterinario y dentista; en un santiamén, en un abrir y cerrar de ojos, echo el diente fuera y la raíz también. En América, Italia, Francia, Inglaterra, Suiza y Rusia, mi ciencia ha causado estupenda admiración; de mi hablan los libros, los hombres, las bestias y hablará vuestra Alteza cuando haya experimentado todo el efecto de mi profunda ciencia. Ahora verá...

Príncipe.—¡Basta, basta! y ¿qué queréis?

Doctor.—Verá la diferencia que hay de un profesor a un sacamuelas: verá que quiere decir hacerse operar por mano experta, científica, poderosa; verá en fin...

Príncipe.—Pero ¿queréis acabar, o no?

Doctor.—Acabo. (*Pone la caja encima de la mesa y la abre.*) Por previsión, traigo conmigo todos los hierros necesarios; en este pequeño estuche hay todo lo que se necesita, para llevar a cabo cualquier operación. ¡Ah! No se puede operar sin los instrumentos necesarios; el primer cuidado del doctor es el de estar prevenido, para lo que pueda ocurrir. ¡Sería bueno que un señor profesor como yo, no hubiese previsto!..

Príncipe.—Esto es demasiado. Os hago echar

de aquí, si no dejáis de fastidiarme. (*Enfadado.*)

Doctor,—¿Qué manda vuestra Alteza?

Príncipe.—¿Se puede saber lo que queréis?

Doctor. (*Se le acerca.*)—¿Quiere vuestra Alteza que vea donde tiene el dolor?

Príncipe.—¿El dolor? ¿estáis loco?

Doctor. (*Vuelve a acercársele.*)—Indíqueme el diente que le atormenta, y esté cierto de que, en un relánpago, le diré si es caries, inflamación, reuma, tensión de nervios...

Príncipe.—Id con diez mil...

Doctor. (*Acercándose.*)—Tenga paciencia y abra la boca, porque es menester examinar el diente: si se necesita emplomarlo, lo emplomaremos; si arrancarlo, lo arrancaremos, lo mismo da; por la gran destreza de esta mano, apenas sentirá el hierro...

Príncipe.—Que te lleve el diablo, charlatán maldito. (*Le da un empujón; y tambaleándose, el doctor tira la mesa.*)

Pedrito.—¡¡Misericordia!! ¡¡Se acabó la comedia!!

Doctor.—¡Un príncipe bajo la mesa!

Príncipe.—¡Qué veo! ¿quién eres tú?

Pedrito.—El peón.

Criado.—He aquí el autor de tanto embrollo; azotaperros, me dan ganas de... (*Quiere pegarle*)

Príncipe.—Detente.

Pedrito.—Detente, ¿has entendido? El Príncipe lo manda. (*Se queda de rodillas*).

Príncipe.—¿Cómo estás tú aquí? ¿por qué así vestido?

Pedrito.—Vine por esa puerta del cuarto que estaba limpiando, y al ver este hermoso traje, me entró tentación de ponérmelo. Quise luego quitármelo, mas ya no pude, porque vuestra Alteza se llevó el mío. Una de dos: o tenía que quedarme en camisa o vestido así; opté por lo último. Estos me han confundido con vuestra Alteza; y yo, para que no me tomaran por ladrón, procuré aprovecharme de la equivocación hasta que vuestra Alteza trajera mi vestido. Me han mareado con visitas y asuntos en los que no entendía ni papa; he dicho sí o no, como se me ocurría, y no he hecho otro mal que beberme el chocolate y mandar las dos mil pesetas a aquel pobre Administrador. Creo que vuestra Alteza habría hecho lo mismo. Pido mil perdones, si

involuntariamente he tomado un título que debía respetar; pero tal como se presentaron las cosas, vuestra Alteza comprenderá que no podía obrar de otro modo. He sido Príncipe a la fuerza.

Príncipe.—Levántate, tienes razon.

Doctor.—Si tenéis necesidad de mí, sin cumplimientos: yo soy el célebre Doc...

Príncipe.—Si no calláis, os echo a palos.

Doctor.—No hablo más palabra.

Príncipe.—Has hecho mal en venir aquí y ponerte mi vestido, y si te hubiesen descubierto antes, podrían haberte puesto en la cárcel. Sin embargo, veo en ello un medio que el Señor puso en mis manos para poder descubrir la felonía de unos traidores, quienes darán cuenta a la justicia. En cuanto a tí, por tu honradez y buen corazón, yo cuidaré de tu porvenir sin que tengas necesidad de hacer más de peón.

Pedrito.—¡Oh! ¡gracias, Alteza! No sé cómo expresarle mi agradecimiento. (*Le besa la mano.*)

Príncipe.—De hoy en adelante, si quieres, serás mi paje, yo te protegeré y llegarás a ser un hombre digno y honrado

Pedrito.—Acepto agradecido vuestro noble ofrecimieno. (*Al público.*) Sólo falta ahora pedir a estos señores nos dispensen la molestia.

Si el sainete os ha gustado,
un aplauso os pediría;
entonces, feliz sería
el *príncipe improvisado.*

TELON

OBRAS RELIGIOSAS

"Mi Virgen Auxiliadora"

Completamente reformada; y aumentada con variados ejercicios piadosos en honor de SAN JUAN BOSCO.

De imprescindible necesidad para ARCHICOFRADIAS DE MARIA AUXILIADORA, para SABATINAS y para los 24 DE CADA MES.

EN PRENSA

"El joven Instruído"

"Semana Santa"

3 0112 117491925